



Seminario y Nueva Evangelización

La celebración de las bodas de plata del Seminario Diocesano me obliga a mirar hacia atrás y recordar a D. Rafael Bellido Caro, primer obispo de la Diócesis de Asidonia-Jerez que, en mil novecientos ochenta y cinco, llevó a cabo su creación con sede en Sevilla. Posteriormente, en el curso 2007-08, sería mi predecesor D. Juan del Río Martín quien lo encomendó a San Juan de Ávila y realizó el traslado de la sede a Jerez, fundando para ello el Instituto Teológico San Juan de Ávila, afiliado a la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca. Es verdad que la historia del Seminario es corta, pero no por ello poco interesante, pues tanto la creación como la instauración de la sede en Jerez son dos acontecimientos únicos, que habrá que agradecer siempre a mis predecesores y que, sin lugar a dudas, se recordarán en la historia de nuestra Diócesis.

Sobre el presente, podemos decir que el Seminario se va consolidando en la Diócesis y es una riqueza para la vida de nuestra Iglesia de Asidonia-Jerez. Al mismo tiempo, es motivo de acción de gracias y de esperanza ver que el Señor sigue llamando a jóvenes para el ministerio sacerdotal.

Pero no será el presente el tema que trataré, sino que intentaré abordar las necesidades que nos plantea el futuro, donde aparecen fundamentalmente dos. La primera, podemos decir que es de más fácil y pronta solución: preparar un nuevo edificio que albergue el Seminario. La segunda es más profunda, pues se trataría de plantear cómo debe ser nuestro Seminario, o más bien, cómo afrontar desde el Seminario el reto de evangelizar un mundo globalizado y postmoderno.

Dado la complejidad del tema, daré sólo unas pinceladas que nos ayuden a ir conformando nuestro Seminario para que de él puedan salir presbíteros capaces de servir al hombre del siglo XXI. Y para ello, en primer lugar, centraremos la mirada sobre la realidad cultural en la que ya nos desenvolvemos y que llamamos postmodernidad. Posteriormente, abordaremos cual es la respuesta que, como Iglesia, tenemos que dar al hombre que se mueve en esa onda cultural. Por último, resaltaremos algunos elementos que deben definir al presbítero que tiene que desempeñar su ministerio en dicho mundo.

El reto de la postmodernidad

La situación actual, afirma el filósofo y político italiano Marcello Pera, es que sopla en todo el mundo un mal viento. “El relativismo, laicismo, cientificismo y todo lo que hoy se coloca en lugar de la fe son los venenos y no los antídotos, son los virus que atacan al cuerpo ya enfermo, no los anticuerpos que lo defienden”¹. Muchos piensan que hay que tener paciencia y tolerancia y los males desaparecerán ante el inevitable avance del progreso o de que podemos ser condescendientes también con quienes amenazan el humanismo cristiano, pues al final saldremos adelante². No podemos engañarnos, arguye también Macintyre: “los bárbaros no están esperando más allá de las fronteras; nos gobiernan desde hace ya un

¹ Cf. M. PERA, *Perché dobbiamo dirci cristiani. Il liberalismo, l'Europa, l'Etica*, Ed. Mondadori, Milán 2008, p. 5

² Cf. M. PERA-J. RATZINGER, *Sin Raíces*, Ed. Península, Barcelona 2006, p. 45.

buen tiempo y es precisamente nuestra falta de conciencia de este hecho lo que constituye un factor importante de nuestra difícil solución”³.

De hecho, cada vez más se va imponiendo el poder de la dictadura del relativismo y de la ideología materialista, que hace que en todos los estamentos de nuestra sociedad se introduzcan como únicas y normales las categorías morales de la, llamada por Juan Pablo II, “cultura de la muerte”, que intenta llevar a cabo un gigantesco proceso de “redefinición” que alcanza a lo más esencial: la autocomprensión de la especie humana, el modelo de familia, los conceptos de hombre y mujer. Así vemos que la visión de nuestra cultura occidental según la cual el hombre es la obra cumbre de Dios, dotada por Él de inteligencia, libertad y un alma inmortal, es reemplazada por otra que concibe a la especie humana como el producto accidental de una evolución biológica impulsada por mutaciones genéticas aleatorias, carentes de todo plan o propósito. En la concepción tradicional –característica, no sólo del cristianismo, sino también de otras religiones- cada individuo humano es sagrado por el mero hecho de su pertenencia a la especie humana (cualquiera que sean sus características étnicas, grado de desarrollo o estado de salud). La concepción materialista, en cambio, entiende la dignidad humana como un atributo artificial o convencional, que les es reconocido sólo a aquéllos a los que la mayoría considere adecuado reconocérselo en cada momento y así, en los últimos tiempos se tiende a excluir de la comunidad moral a los niños no nacidos, a ciertos discapacitados y a los enfermos incurables.

En lo que se refiere al modelo de familia, la concepción tradicional que ve en el matrimonio esto es, en el compromiso irrevocable entre un hombre y una mujer, una institución esencial para la supervivencia de la sociedad es sustituida por un nuevo “pluralismo familiar” que considera la unión matrimonial entre hombre y mujer como simplemente un modelo más de familia dentro de una pluralidad de otros posibles (pareja de hecho, pareja recompuesta, pareja homosexual, familia monoparental), todos los cuales son considerados igualmente benéficos y deseables. En la práctica, incluso se deslegitima a la a la misma familia cristiana llamándola “familia tradicional”, un calificativo que insinúa que se trata de algo rancio y poco atractivo.

Al mismo tiempo, no podemos perder de vista que, en nuestra sociedad, hemos pasado de las cuatro instancias formativas tradicionales de carácter personal: la familia, la escuela, la lectura y la Iglesia a otras de carácter anónimo: la televisión, la calle, la música, la noche y el internet. Y no sólo de carácter anónimo sino, en la mayoría de los casos, al servicio de los medios de producción y del neopaganismo consumista.

Junto a dicha realidad y fruto del laicismo reinante, surgen muchas preguntas sobre el hombre postmoderno ¿Tiene todavía valor y sentido un Salvador para el hombre del tercer milenio? ¿Es aún necesario un Salvador para el hombre que investiga sin límites los secretos de la naturaleza y logra descifrar hasta los fascinantes códigos del genoma humano? ¿Necesita un Salvador el hombre que ha inventado la comunicación interactiva, que navega en el océano virtual de internet y que, gracias a las más modernas y avanzadas tecnologías mediáticas, ha convertido la Tierra, esta gran casa común, en una pequeña aldea global? ¿Necesita un Salvador este hombre del siglo veintiuno que se presenta como artífice autosuficiente y seguro de su propio destino, productor entusiasta de éxitos indiscutibles?

No me cabe duda de que sí. Es más, según D. Fernando Sebastián⁴ hay que tener claro que el hombre postmoderno es un gigante técnico con los pies de barro que necesita conocer el amor de Dios y confiar en Él. Esta necesidad y esta pobreza del hombre de hoy, tan a menudo perdido en medio del marasmo de las redes sociales, es la que debe movernos a ir a su encuentro. Por tanto, ante el hombre

³ Cf. ALASDAIR MACINTYRE, cit. por J.D. HUNTER, *Culture Wars: the Struggle to Define America*, San Francisco 1991, p. 315.

⁴ F SEBASTIAN, *Evangelizar*, Madrid 2010, p. 276.

postmoderno, que, como todo hombre, intenta encontrar la salvación y calmar la sed de eternidad con meras realidades terrenas, resplandece con fuerza el tesoro de la Iglesia: Cristo, única fuente de agua viva capaz de saciar la sed de eternidad y de amor que tiene el hombre de todos los tiempos, también el actual.

La Iglesia esperanza para la humanidad

La postmodernidad, como hemos visto, enaltece la inmanencia del hombre, reduciéndolo a pura realidad virtual, secando así toda fuente de agua viva capaz de saciar su sed de verdad y de amor. Ante dicha falta de agua, la esperanza para ese hombre sediento está en que aparezcan auténticos testigos del amor de Dios, capaces de llevar aguas de vida eterna al hombre encerrado en el materialismo del mundo ficticio de las tecnologías, o bien, apresado por los paraísos degradantes de los estupefacientes. Son necesarios bautizados que sean capaces de afrontar con fuerza una pastoral evangelizadora. Sacerdotes y cristianos que estén dispuestos a no disolver la fe en la cultura dominante, pues ello sólo traería un catolicismo descafeinado o una añoranza inútil del nacional catolicismo. Sacerdotes y cristianos que afronten con valentía la construcción de la cultura de la vida y la civilización del amor.

Son necesarios sacerdotes que no se conformen sólo con una pastoral de sacramentalización, sino que se pongan al frente de una pastoral de evangelización capaz de alcanzar el corazón y el espíritu del hombre de hoy. Es esto lo que repite de forma incansable el Papa Benedicto XVI:

“Verdaderamente, los tiempos en que vivimos exigen una nueva fuerza misionera en los cristianos, llamados a formar un laicado maduro, identificado con la Iglesia, solidario con la compleja transformación del mundo”⁵.

También lo afirmó en su carta dirigida a los Obispos de la Iglesia Católica:

“En nuestro tiempo, en el que en amplias zonas de la tierra la fe está en peligro de apagarse como una llama que no encuentra ya su alimento, la prioridad que está por encima de todas es hacer presente a Dios en este mundo y abrir a los hombres el acceso a Dios. No a un dios cualquiera, sino al Dios que habló en el Sinaí; al Dios cuyo rostro reconocemos en el amor llevado hasta el extremo (cf. Jn 13,1), en Jesucristo crucificado y resucitado... Conducir a los hombres hacia Dios, hacia el Dios que habla en la Biblia: ésta es la prioridad suprema y fundamental de la Iglesia y del Sucesor de Pedro en este tiempo”⁶.

Así mismo nos lo ha recordado en la Exhortación Apostólica *Verbum Domini*:

“Los padres sinodales han reiterado también la necesidad en nuestro tiempo de un compromiso decidido en la missio ad gentes. La Iglesia, no puede limitarse en modo alguno a una pastoral de mantenimiento para los que ya conocen el Evangelio de Cristo”⁷.

Sacerdotes para la nueva evangelización

Constatada la necesidad de la nueva evangelización, me atreveré a dar algunas indicaciones sobre cómo debemos y deben ser los sacerdotes capaces de llevar adelante la nueva evangelización en la postmodernidad.

⁵ BENEDICTO XVI, *Encuentro con los obispos de Portugal, Fátima Jueves 13 de mayo de 2010.*

⁶ BENEDICTO XVI, *Carta de su Santidad Benedicto XVI a los obispos de la Iglesia Católica sobre la remisión de la excomunión de los cuatro Obispos consagrados por el Arzobispo Lefebvre*, Vaticano, 10 de marzo de 2009.

⁷ BENEDICTO XVI, *Exhortación Apostólica Verbum Domini*, n. 95.

1.- Ser hombre entre los hombres.

El sacerdote, aun siendo consciente de haber sido llamado por Dios para apacentar el rebaño de su Hijo, tiene que ser hombre entre los hombres, teniendo “los sentimientos que corresponden a quienes están unidos a Cristo Jesús” (Filp. 2,5). Así, al igual que Cristo asumió totalmente su condición humana, de la misma manera los sacerdotes nunca debemos perder de vista nuestra frágil humanidad, que nos sitúa en una vital dependencia de “Aquel que todo lo puede”, dándonos además la capacidad para entender y escuchar a aquellos que son de nuestra misma condición. Esto es fundamental tenerlo claro para huir de una concepción clerical de nosotros mismos o de sentirnos pertenecientes a una casta diversa.

Servimos al hombre concreto, al pueblo cristiano en la medida que estamos instalados en la “escuela de Cristo”, es decir, si vivimos el Ministerio, no como unos funcionarios de la Iglesia, sino como sacramento de la única “piedra angular” (1P 2,6-7) sobre la que Dios edifica sólidamente su pueblo. Es justamente el amor a Jesús el que marca la diferencia entre mediocridad y santidad, entre la vida del sacerdote funcionario o ejecutivo y la del sacerdote siervo de Cristo y digno dispensador de los misterios de Dios. En este caso, la tarea pastoral no es más que la consecuencia deseable y la expresión concreta del amor por Cristo: “Pedro ¿me amas más que éstos? [...] Sí Señor, tú sabes que te quiero [...] Apacienta a mis corderos” (Jn 21,15).

2.- Ser servidores de la Palabra

Del mismo modo que Jesús es portador de un mandato que viene del Padre, el sacerdote es portador de una misión que viene de Cristo. El sacerdocio es una colaboración con el ministerio de Jesucristo y para ser verdaderamente eficaz no puede darse más que una relación constante con El. Por tanto, debemos tener claro que el servicio al pueblo cristiano no es algo nuestro sino que brota del único Buen Pastor.

Hemos sido elegidos para ser testigos del Evangelio, para proclamar la Palabra de Dios que es la verdad salvadora que todo hombre necesita en cualquier tiempo. Y para ello nada mejor que la recomendación de la Exhortación *Verbum Domini* “los aspirantes al sacerdocio están llamados a una profunda relación personal con la Palabra de Dios, especialmente en la lectio divina”⁸, pues la Palabra de Dios es indispensable para formar el corazón de un buen pastor, ministro de la Palabra. “Es necesario acercarse a la Palabra con un corazón dócil y orante, para que ella penetre a fondo en sus pensamientos y sentimientos y engendre dentro de sí una mentalidad nueva: la mente de Cristo (1Co 2,16)...solamente permaneciendo en la Palabra, el sacerdote será perfecto discípulo del Señor; conocerá la Verdad y será verdaderamente libre”⁹.

Sólo es posible la misión de mostrar el sentido profundo y la fuerza salvadora de la Palabra si realmente hay una relación de intimidad con el Señor, pues si no estamos “enamorados” de Cristo y del ministerio encomendado, la edificación de su pueblo se volverá un trabajo agotador y nada gratificante.

3.- Ser servidores de los hombres

Son necesarios sacerdotes con gran sentido eclesial, decididos a prestar un servicio a la verdad, a la verdad de Dios y a la verdad de la vida humana. Sacerdotes que tengan claro que la Iglesia existe para evangelizar y que estén dispuestos a ponerse al frente, con su obispo a la cabeza y en colaboración con seglares a participar en la Nueva Evangelización. No podemos guardar para nosotros las palabras de vida

⁸ Id. n.82.

⁹ Idem., n.80.

eterna que hemos recibido en el encuentro con Jesucristo; son para todos, para cada hombre. Nos corresponde a nosotros la responsabilidad de transmitir gratis lo que, a su vez, hemos recibido gratis¹⁰.

Para llevar adelante la misión es necesario tener un gran amor por todos los hombres y especialmente por los alejados y por la oveja perdida.

“Son necesarios sacerdotes, que estén dispuestos a continuar la missio ad gentes y emprender con todas las fuerzas la Nueva Evangelización, sobre todo en aquellas naciones donde el Evangelio se ha olvidado o padece la indiferencia de cierta mayoría a causa de una difundida secularización. Que el Espíritu Santo despierte en los hombres hambre y sed de la Palabra e Dios y suscite entusiastas anunciadores y testigos del Evangelio”¹¹.

El amor al hombre implica también ser conocedores del hombre postmoderno, capaces de dirigirnos a él desde un lenguaje que le resulte inteligible sin modificar el verdadero mensaje de Jesús y dispuestos a presentar en su plenitud el Evangelio que da vida, incluso aquellos aspectos del mensaje que ponen en tela de juicio las opiniones corrientes de la cultura actual.

A su vez, explicitar con lenguaje de hoy nuestra fe supone saber hacer uso eficaz de los medios de comunicación social. Sobre esto Benedicto XVI ha afirmado en relación a Internet y la formación en los seminarios que:

“con el necesario discernimiento para su uso inteligente y prudente, es un instrumento que puede servir no sólo para los estudios, sino también para la acción pastoral de los futuros sacerdotes en los diferentes campos eclesiales, como la evangelización, la acción misionera, la catequesis, los proyectos educativos, la gestión de las instituciones. También en este sector es muy importante contar con formadores adecuadamente preparados para que sean guías fieles y siempre actualizados, con el fin de acompañar a los candidatos al sacerdocio al uso correcto y positivo de los medios informáticos”¹².

No sólo hay que saber usar dichos medios, sino que también el amor al hombre conlleva prestar atención al contexto cultural en el que se insertan para ser eficaz. De ahí que, como señala D. Fernando Sebastián,

“hay que sintonizar con el hombre moderno presentando el mensaje como un mensaje de salvación. El hombre moderno tiene una conciencia muy aguda de su libertad, no quiere ser forzado ni chantajeado en sus decisiones, ni siquiera por Dios, no le gusta ser coaccionado por el miedo. No se rinde fácilmente a las amenazas, de ahí que haya que presentar el mensaje de Jesús en positivo, es decir, como una propuesta de salvación y de libertad que Dios nos hace desinteresada y generosamente por medio de su Hijo con un gran amor para nuestro bien”¹³.

Por último, la eclesialidad nos obliga a dejarnos sorprender por Dios y estar abierto al Espíritu y a los nuevos carismas que suscita el Señor en su Iglesia. A ser hombres del Espíritu según la exhortación reciente del Papa a los obispos ingleses donde les anima a afrontar la nueva evangelización y les dice

“Como sabéis, he creado recientemente el Consejo Pontificio para la Nueva Evangelización de los países de antigua tradición cristiana, y os animo a hacer uso de sus servicios al acometer vuestras tareas. Además, muchos de los nuevos movimientos eclesiales tienen un

¹⁰ Cf. F. SEBASTIAN, *Evangelizar*, p. 91.

¹¹ *Idem.*, n. 122.

¹² BENEDICTO XVI, *Discurso a los participantes en la Asamblea Plenaria de la Congregación para la Educación Católica*, Lunes 7 de febrero de 2011.

¹³ F. SEBASTIAN, *Evangelizar*, p. 277.

*carisma especial para la evangelización, y sé que continuaréis estudiando los medios apropiados y eficaces para que participen en la misión de la Iglesia*¹⁴.

4.- Ser hombres de los sacramentos

Poner el énfasis en la Evangelización no significa prescindir de los Sacramentos; al contrario, ya que en estos y de forma especial en la Eucaristía, Cristo se nos da en Persona. *“Palabra y Eucaristía se pertenecen tan íntimamente que no se puede comprender la una sin la otra: la Palabra de Dios se hace sacramentalmente carne en el acontecimiento eucarístico”*¹⁵, de ahí que la Eucaristía deba ser el centro de nuestra relación con Dios y de la configuración de nuestra vida. Celebrarla con participación interior y encontrar de esta manera a Cristo en Persona, debe ser el centro de cada una de nuestras jornadas. No podemos olvidar que hemos sido elegidos para hacer presentes a Dios. El centro de nuestra vida debe ser realmente la celebración diaria de la santa Eucaristía; y aquí son centrales las palabras de la consagración: «Esto es mi Cuerpo... Esta es mi Sangre»; es decir: hablamos “in Persona Christi”. Cristo nos permite usar su «Yo», hablamos en el «Yo» de Cristo, Cristo nos «atrae a Sí» y nos permite unirnos, nos une a su misma Persona. Esta unificación de su «Yo» con el nuestro implica por una parte que somos «incorporados» también en su realidad de resucitado y por otra que Él se nos da en Persona, a través de realidades corporales, de ahí que la Eucaristía deba configurar todo nuestro ser sacerdotal¹⁶.

También es importante el sacramento de la Penitencia, que por un lado nos enseña a mirarnos con los ojos de Dios, y nos obliga a ser honestos con nosotros mismos y nos conduce a la humildad, pues sólo de esa fuente espiritual, que es el sacramento de la Reconciliación, podemos obtener la energía interior indispensable para desafiar al mal y al pecado, en esa lucha sin tregua que marca nuestro peregrinar hacia la patria celeste.

Por otro lado, como ministros de la misericordia divina, nos llama a convertirnos en el buen samaritano, figura de Cristo (Cf. Lc 10,25-37), invitándonos a salir de nosotros mismos y hacernos instrumentos de la gracia, para que el Divino Médico pueda curar las heridas más profundas provocadas por el pecado. Nos estimula a dirigirnos a las personas, ocupándonos de ellas, de su pobreza o fragilidad, no sólo en lo exterior, sino también a cargar interiormente sobre nosotros y recoger en nosotros mismos la pasión de nuestro tiempo, de la parroquia, de las personas que nos están encomendadas¹⁷.

Conclusión

Después de lo dicho, me gustaría concluir animando al Seminario y a toda la Diócesis a irse preparando para emprender el camino de la nueva evangelización. Soy consciente de las dificultades ante un mundo vacío que espera anunciadores y testigos creíbles del evangelio, con renovadas propuestas capaces de poder edificar una nueva civilización digna de la vocación del hombre. Pero ante las dificultades escuchamos las palabras de Jesús diciéndonos *“ánimo, yo he vencido al mundo” (Jn 16, 33)* y *“yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20)*

Así que, abramos las puertas al Espíritu Santo y sobre todo pongamos en práctica lo que nos recomendaba Juan Pablo II en la carta *Novo Millennio Ineunte*: escuchar la palabra de Dios, vivir la comunión fraterna y participar en la fracción del pan, todo ello en pequeños grupos, como una minoría creativa¹⁸.

¹⁴ BENEDICTO XVI, *Discurso del Santo Padre en el encuentro con los obispos de Inglaterra, Gales y Escocia, Birmingham, Domingo 19 de septiembre de 2010*

¹⁵ *Verbum Domini*, n. 55.

¹⁶ Cf. Benedicto XVI, Clausura del año sacerdotal,

¹⁷ BENEDICTO XVI, *Discurso del Papa a los seminaristas de Roma*, de 26 febrero de 2010.

¹⁸ Cf. JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte*, n. 32-40.

No quiero concluir sin rendir homenaje a todas aquellas personas que, con generosa dedicación y firme voluntad han trabajado y trabajan por este Seminario, especialmente a los formadores, a los directores espirituales y a las hermanas Dominicas del Santísimo Sacramento.

Que Nuestra Madre la Inmaculada Concepción, Patrona de nuestra Diócesis, sea nuestro consuelo y nuestra compañía. No tengo dudas de que unidos a Ella, podremos seguir las huellas de su Hijo.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez